

TRADICIÓN, CONOCIMIENTO Y MODERNIDAD.
LAS CLAVES DEL ÉXITO DE
MIQUEL Y COSTAS & MIQUEL, S.A.

SIGLOS XVIII-XXI



Miquel Gutiérrez-Poch



TRADICIÓN, CONOCIMIENTO
Y MODERNIDAD

TRADICIÓN, CONOCIMIENTO Y MODERNIDAD.
LAS CLAVES DEL ÉXITO DE
MIQUEL Y COSTAS & MIQUEL, S.A.

SIGLOS XVIII-XXI



Miquel Gutiérrez-Poch



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

SUMARIO

INTRODUCCIÓN: MCM, UNA GRAN EMPRESA CONSTRUIDA SOBRE CENIZAS.	9
I. LA MANUFACTURA PAPELERA ESPAÑOLA EN EL SIGLO XVIII Y EL DISTRITO DE CAPELLADES.	13
La familia Miquel y el desarrollo papelerero de Capellades y su comarca durante el siglo XVIII.	
Ignasi Miquel, Antoni Miquel i Martí y Llorenç Miquel i Botines.	23
II. LOS ORÍGENES DE UN MODELO DUAL: MODERNIDAD Y TRADICIÓN (1814-1880).....	33
La apuesta por la continuidad tecnológica: los Miquel antes de Miquel y Costas (1814-1879).	
Los hermanos Miquel i Lluçà.	45
III. EL MODELO DUAL, SU DECLIVE Y LA MODERNIZACIÓN (1880-1936).	57
Las bases del proyecto empresarial (1868-1914).	67
La consolidación de una empresa líder (1914-1929)	93
MCM, la sociedad anónima y el descubrimiento del mercado interior	133
IV. LA INDUSTRIA PAPELERA ESPAÑOLA DESDE FINALES DE LA GUERRA CIVIL HASTA EL PRESENTE	159
Colapso productivo y comercial: guerra, autarquía y sector papelerero.	
De MCM S.A. a MCM E.C. y el repliegue al mercado interior	169
Los problemas durante la autarquía y el repliegue al mercado interior	183
Las bases de la modernización, el plan de expansión y la Acción Concertada (1964-1975).	229
Payá Miralles: la génesis de la otra alma de MCM	259
La progresiva pérdida de la base familiar.	291
V. MCM EN LOS NUEVOS TIEMPOS DEL SECTOR PAPELERO ESPAÑOL	327
El tortuoso camino de la continuidad (1986-1992).....	329
Las bases para la recuperación (1992-1996): reestructuración accionarial y saneamiento financiero.	359
La confirmación de una empresa líder.	377
CONCLUSIONES. ¿CÓMO SE CONSTRUYE UNA GRAN EMPRESA?	415
ANEXOS	419
Bibliografía	421
Archivos y personas entrevistadas	425
Índice general	427

INTRODUCCIÓN: MCM, UNA GRAN EMPRESA CONSTRUIDA SOBRE CENIZAS

EL PAPEL Y EL PAPEL DE FUMAR

El papel dista de ser un producto homogéneo. En realidad, en lugar de papel se debe hablar de papeles. El mismo apelativo designa productos muy diferentes en lo relativo a gramaje, espesor, porosidad, composición, alisado, impermeabilidad, absorbencia, resistencia, etc. Sirvan como simple ejemplo las diferencias existentes en lo relativo al gramaje. En general, por papel o cartón se entiende una hoja de fibra celulósica con gramajes que pueden oscilar entre los 10 g/m² de algunas calidades de papel de fumar hasta las que superan los 450 del cartón. Con diferencias tan destacadas, es obvio que los diferentes tipos de papel se distinguen por sus prestaciones y mercados. Sin embargo, la primera imagen que acude a la mente cuando se habla de papel son aquellas calidades identificadas con su uso cultural (para impresión y escritura), marginando otras utilidades. Entre los tipos de papel que quedan ocultos bajo esta larga sombra debe destacarse el de fumar, que formaría parte de la «familia» de las calidades de bajo gramaje con un uso industrial. Este tipo de papel entraría entre aquellos conocidos como especiales, cuyos mercados son muy estrechos en comparación con el papel de impresión o de embalaje. La contrapartida es que el papel especial presenta mayor valor añadido y márgenes más amplios. El papel de fumar debe caracterizarse por no tener mal sabor ni olor desagradable al quemarse. Esto condiciona extraordinariamente el proceso de fabricación y las materias primas utilizadas (históricamente fibras de la mejor calidad).

El papel de fumar, a su vez, presenta una notable variedad de tipologías. Los manuales técnicos publicados a mediados del siglo xx sobre este tipo de papel distinguían nueve diferentes características y propiedades (combustibilidad, estructura, opacidad, gramaje, resistencia y dilatación, porosidad, contenido en cenizas, color y propiedades especiales). Respecto a la combustibilidad, se distinguía el muy combustible, el combustible, el medio combustible y el no combustible. El grado de combustibilidad, en general, está relacionado con la opacidad, siendo los papeles opacos combustibles y los transparentes incombustibles. Progresivamente, la industria de los cigarrillos ha ido exigiendo mayores cuotas de opacidad. Cada país, inclusive cada región, puede presentar diferentes gustos al respecto.¹ Relativo a la estructura, se distinguían entre el velin, vergé, al agua y filigranado o gofrado. En relación con el gramaje, este puede oscilar entre los 11 y los 42 g/m², aunque en general se sitúa alrededor de los 20. El color más habitual es el blanco, aunque este puede tener diferentes tonos, sumado al amarillo-maíz, pardo-tabaco, rosa, azul, etc. A ello se añaden diferentes especialidades como el pectoral (aromatizado con regaliz y con diferentes jaspeados o no), el dulce (impregnado con sacarina) y otros tipos de papel perfumado. Un simple repaso a las características analizadas de forma somera indica que se pueden fabricar decenas de diferentes tipos de papel de fumar. Esta circunstancia tenía un importante efecto en la escala de la empresa productora, primando, en general, un tamaño de planta pequeño o medio para contar con mayor capacidad de cambio de producto. Con todo, la creciente estandarización de las tipologías demandadas ha propiciado un incremento del tamaño de planta idóneo. La gama de papeles «tabaco» se amplió a mediados del siglo xx de resultas de la introducción del filtro. Con ello, se empezaron a fabricar dos tipos diferentes de papel: el boquilla y el filtro (*plug-wrap*). El primero de ellos debe reunir buen pegado tanto consigo mismo como con el cigarrillo y el *plug-wrap*. A ello se debe sumar que debe ser hidrófugo para evitar que se pegue a los labios del fumador. Este tipo de papel se puede fabricar en blanco e imitación corcho, sumadas las bandas y diferentes decoraciones posibles. El *plug-wrap* presentaba una inferior variedad hasta la aparición de los tipos de alta porosidad. Además de

¹ En La Habana tenía éxito el papel de fumar grueso sin cola; en las provincias mediterráneas de España el mismo, pero delgado; mientras que en el resto de España era especialmente apreciado el encolado («sonoro y apagón»), que era consumido en Argentina y Uruguay (Urgellés y Tovar, 1871, p. 84).

todo ello, la especialización en el papel de fumar otorgaba una serie de conocimientos y una disponibilidad tecnológica que posibilitaba, no sin ciertas necesidades de ajuste, la producción de otras calidades de bajo gramaje (papel biblia, papel seda, etc.). Las altísimas prestaciones exigidas al papel de fumar eran la puerta abierta a otros productos.

El sector papelero ofrece en su seno un fuerte potencial explicativo acerca del atraso industrial de España y su explicación bien del lado de la oferta, bien del de la demanda. Desde el punto de vista histórico, hasta no hace mucho el sector papelero era un gran desconocido. Investigaciones recientes han cubierto, cuando menos parcialmente, ese vacío.² La industria papelera de España se caracterizó a lo largo del siglo XIX y buena parte del XX por su lenta y difícil mecanización.³ Un argumento explicativo ha sido el bajo nivel de alfabetización, que lastraba el consumo de papel de escribir y, sobre todo, de impresión, junto al propio atraso industrializador que condicionó a la baja el uso de las calidades destinadas a embalaje y del cartón. La otra cara de la moneda fue la larga permanencia, incluso dinamismo, del papel manual, centrado en el destinado a las administraciones públicas y en el usado para fumar. En ambos casos se desarrolló un potencial exportador nada desdeñable, cuya base era un mercado interior muy dinámico. Un observador sueco afirmaba en 1896 que «Tout le monde fume en Espagne».⁴

MCM: LAS RAÍCES HISTÓRICAS DE UNA GRAN EMPRESA

La trayectoria histórica comentada tiene aún importantes rastros en la estructura empresarial actual del sector. Miquel y Costas & Miquel es muestra de ello. La empresa objeto del presente estudio, partiendo de su especialización en papel de fumar, se ha dedicado a papeles especiales y de impresión de bajo gramaje. Esta empresa hunde sus raíces en la génesis de la manufactura papelera catalana y española. Su éxito y persistencia no ha sido fácil, pero unas decisiones estratégicas, tácticas y operativas acertadas por su parte y equivocadas por parte de la competencia han asentado su predominio en el mercado español con una cuota del 80% en el papel de fumar. Su liderazgo no es únicamente español, ya que está entre las empresas que dominan el mercado internacional de este producto con una cuota del 5% mundial. La empresa catalana exporta un 75% de su papel de fumar. En estos momentos, su reto pasa por compensar la caída de la venta de tabaco en Europa y Estados Unidos con una mayor implantación en otros mercados. De hecho, es una multinacional con intereses en Argentina, plataforma con la que pretende profundizar su presencia en Mercosur y Estados Unidos. Este éxito de una empresa más que centenaria se basa en cinco elementos: la tecnología (dispone incluso de filiales de investigación tecnológica y una consultoría de papel), la calidad de los productos, una apuesta moderna por el marketing y la internacionalización (es sintomático el cuidado entorno online de la firma) y una garantía de servicio impecable. La historia tiene algunos argumentos para explicar este éxito. Dicho de otra forma, el éxito del papel de fumar español viene de lejos.

¿Qué interés presenta Miquel y Costas & Miquel como objeto de estudio? La empresa catalana es un ejemplo de una iniciativa que, recogiendo los estímulos de un mercado dinámico y una sólida tradición exportadora, se ha configurado como una de las referencias mundiales del papel de fumar. A ello se suma su condición originaria de empresa familiar cuya esencia, a pesar de las múltiples transformaciones, se ha conservado prácticamente ciento cincuenta años después de que los hermanos Miquel i Costas iniciaran su colaboración.⁵ La firma nacida en Capellades es un ejemplo de cómo las empresas de base familiar han sobrevivido mediante el compromiso con la especialización, la innovación, la versatilidad y el dinamismo, adaptándose a un entorno cambiante. MCM ha plasmado estas habilidades desde un profundo enraizamiento regional e, incluso, local. MCM supondría un perfecto ejemplo de estas virtudes de la empresa fami-

² Gutiérrez-Poch (1994), (1999a), (1999b) y (2005).

³ Gutiérrez-Poch (1994).

⁴ Akesson (1896), p. 61.

⁵ Sobre las características de la empresa familiar, especialmente de su evolución histórica, véase Colli (2003), Colli y Rose (2007) y Howorth, Rose y Hamilton (2008). Para un estado de la cuestión más teórico, véanse Poutziouris, Smyrniotis y Klein (2008), y Melin, Nordqvist y Sharma (2014).

liar, aunque también lo es de sus límites. Durante más de cien años de su existencia, MCM fue una empresa estrictamente familiar acorde con sus definiciones más canónicas y, a pesar de los cambios, ha preservado buena parte de esas bondades. La propiedad familiar, a pesar de la fragmentación accionarial, era todavía dominante hasta muy entrada la década de 1980 y un miembro de la familia Miquel presidió el consejo hasta 1992.

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El contenido de este libro se ha dividido en trece capítulos que siguen una estricta estructura cronológica. Estos apartados se han organizado en cinco bloques, atendiendo a la evolución del sector papelero a escala española y/o catalana. Este imponderable lleva a que los bloques sean poco equilibrados en cuanto a su extensión.

El bloque I trata sobre la génesis de la actividad papelera de la familia Miquel, remontándose a los siglos XVII y XVIII. Este es el contenido del primer capítulo del libro. Esta temática se analiza después de tratar el desarrollo de esta actividad en España y Cataluña. El bloque II se centra en el siglo XIX hasta 1880, intervalo cronológico que responde al techo alcanzado en esa época por la fabricación manual y al inicio de las actividades de los Miquel en Cuba. Este bloque está compuesto por el correspondiente apartado introductorio (donde se estudia la difusión de la máquina continua) y un capítulo centrado en la trayectoria de la familia Miquel en la generación previa a los Miquel i Costas.

El bloque III abarca cronológicamente desde 1880 hasta 1936. Se inicia con un apartado introductorio, dedicado al declive de la fabricación manual y la modernización empresarial ejemplificada en la creación de La Papelera Española. El cuerpo de este bloque lo componen tres capítulos. El primero de ellos se focaliza en la génesis de la actividad empresarial de los Miquel i Costas a inicios de la década de 1870 hasta 1902, con motivo de la constitución de Miquel y Costas & Miquel. El segundo parte de 1902 hasta la articulación de MCM como sociedad anónima en 1929. El tercero comienza en este punto hasta el estallido de la Guerra Civil. En estos tres capítulos se analiza la génesis del proyecto empresarial hasta su naciente madurez. El elemento articulador es la confirmación de MCM como una empresa estrictamente exportadora, perfil que conservó hasta inicios de la década de 1930.

Los bloques IV y V comparten apartado introductorio centrado entre 1939 y el presente. El bloque IV se compone de cinco capítulos. Los dos primeros forman cierta unidad temática y argumental. El primero de ellos analiza la evolución de MCM durante la Guerra Civil y las vicisitudes de la familia Miquel durante aquellos años. El segundo tiene su eje en los tiempos de la autarquía, aunque se cierra en 1964, fecha en que MCM inicia sus proyectos de modernización. El foco temático es el repliegue de MCM en el mercado español. El tercer capítulo se focaliza en la década vivida entre 1964 y 1975. Un hecho crucial de esta etapa es la entrada en el accionariado del Banco Exterior de España. El límite superior de este periodo se justifica en la fusión en ese mismo año entre MCM y Payá Miralles. El siguiente capítulo se centra en la historia de la empresa valenciana desde su fundación en Alcoy hasta la génesis de la mencionada fusión. El último capítulo de este bloque se dedica a la primera década de la nueva MCM. Su estructura le permitió reforzar determinadas especializaciones y recuperar fuelle exportador. El punto final de esta etapa se sitúa en 1986. Este año señala el inicio de la intensificación de la presencia de accionistas ajenos a la familia fundadora.

El bloque V y final abarca desde 1986 hasta el presente y está compuesto por tres capítulos. El primero tiene como eje cronológico desde 1986 hasta 1992. Son años de notable agitación en MCM, debido a la voluntad de venta del principal accionista y a las fuertes inversiones. El segundo capítulo se centra en la génesis de un nuevo modelo de gestión derivado de la llegada a la presidencia de Jordi Mercader Miró. Esta etapa se cierra en 1996 debido a la oferta pública de venta (OPV) de ese año con la que estabilizaron los accionistas de referencia. El último capítulo abarca desde ese año hasta el presente. 



I. LA MANUFACTURA
PAPELERA ESPAÑOLA
EN EL SIGLO XVIII
Y EL DISTRITO DE CAPELLADES

El devenir histórico de la familia Miquel y el éxito a largo plazo de su iniciativa empresarial no se puede entender sin una aproximación a la génesis de la manufactura papelera española, en general, y catalana, en particular. Buena parte de la ventaja competitiva de Miquel y Costas & Miquel tiene sus bases en los molinos papeleros que ocuparon las cuencas fluviales catalanas durante el siglo XVIII.

EL DESARROLLO PAPELERO ESPAÑOL DURANTE EL SIGLO XVIII

La manufactura papelera española fue marginal durante los siglos XVI y XVII. El bajo consumo y la dependencia de la producción foránea lastraron su desarrollo. Sin embargo, ya durante el siglo XVII se apreció la existencia de un modesto crecimiento, especialmente en Cataluña. Esta fue la base para el espectacular desarrollo que se dio en la segunda mitad del siglo XVIII. España, en su conjunto, pasó de unos 200 molinos papeleros a mediados del siglo XVIII a prácticamente 400 medio siglo más tarde. La Junta de Comercio de Barcelona habla del «mayor número de molinos que de continuo se van plantificando en este Principado, sino también de los que tenemos entendido se construyen en otros parajes de la Península». ¹ Además del incremento del número de molinos, también creció su capacidad productiva. Esto acentuaría las dimensiones de la expansión. Las poco más de 200 tinas de 1760 habían aumentado a finales de siglo a unas 550-600. ² Esta era la respuesta al dinamismo de la demanda, principalmente procedente del Estado (como los asientos del Real Sello) y del estanco de tabacos de Nueva España. Ello se vio acompañado por una explícita política de sustitución de importaciones. Las regiones que mejor aprovecharon la coyuntura expansiva fueron Cataluña y la Comunidad Valenciana (Alcoy, principalmente). En un segundo plano estarían Aragón y Andalucía. La emergencia catalana y valenciana supuso el declive, cuando menos relativo, de la manufactura de otras zonas, especialmente de la España interior.

Cataluña y la región valenciana asentaron su superioridad en el hecho de disponer de agua en condiciones óptimas; la tradición catalana le proporcionaba mano de obra y los capitales acumulados en la lana alcoyana posibilitaban acceder a trabajadores cualificados, aunque a altos costes y, finalmente, sus economías ampliamente comercializadas les otorgaban una posición privilegiada para acceder a la materia prima. Buena parte de estas ventajas se alimentaban también de las rentas externas y de aglomeración que disfrutaban las principales comarcas papeleras de ambas regiones. ³

Cataluña y la Comunidad Valenciana, además de por una mayor capacidad productiva, se diferenciaban del resto por sus especializaciones. El papel blanco de gama media-alta dominaba en las zonas más especializadas y el blanco de baja calidad o el de estraza en las otras. Los núcleos elaboradores de papel de más alta calidad disfrutaban de mayor flexibilidad productiva. Esta versatilidad les permitía que, en épocas de contracción de los mercados más dinámicos, pasaran a productos de inferior calidad, lo que acentuaba las dificultades de los núcleos secundarios. En general, la producción catalana era más diversificada que la

¹ BC: JCB, LO, 30, 3-4.

² La tina (la *cuve* francesa o el *vat* inglés) era el centro productivo del molino, al ser el lugar donde se fabricaban las hojas de papel. De hecho actuaba como unidad de producción y su número determinaba la capacidad del molino. La mayoría de los molinos no superaba las dos tinas (la excepción más evidente estuvo en el Zaan holandés con tres o más). De todos modos, durante el siglo XVIII la tendencia fue de incremento del potencial de los molinos. En la tina trabajaban tres operarios: el laurente, el ponedor y el levador. Los tres constituían el eje de la mano de obra especializada.

³ Estas rentas procedían de la articulación de distritos industriales en el sentido definido por A. Marshall, G. Becattini, S. Pollard o P. Krugman (Marshall, 1890 y 1919; Becattini, 1986; Pollard, 1991 y 1995; y Krugman, 1992). Sobre las dinámicas de distrito de ambas zonas, véase Gutiérrez-Poch (2008) y (2011).

valenciana, ya que mientras que la levantina se centraba casi en exclusiva en el papel de fumar, las tinas catalanas fabricaban, además de este, el florete y otras clases de calidad media y alta.

La especialización catalana

En Cataluña hubo que esperar al siglo xvi para cierto desarrollo papelerero, cuando ya existían núcleos productores en Montcada i Reixac, Girona, Centelles (Constantí), en las proximidades de Vic y en Jonqueres, etc. De todas formas, la naciente manufactura no colmaba las necesidades de Cataluña, que era importadora neta. Esta presencia pionera fructificó en la centuria siguiente, especialmente durante su último cuarto, aunque para el crecimiento más espectacular hubo que esperar al siglo xviii. A finales de la década de 1720 el número de molinos se situaba alrededor de 40 (se tiene documentados 35 para 1728). A partir de entonces, y hasta la década de 1760, el crecimiento fue lento. Los molinos catalanes en 1766 eran 69, convirtiéndose en el referente esencial del sector a escala española. La verdadera eclosión se vivió en las décadas de 1770 y 1780. De este modo, los 69 molinos de 1766 llegaron a ser 200 en 1792 (véase el cuadro I.1). Además, no solo se creaban nuevas instalaciones, sino que los existentes aumentaban su capacidad. En 1775 se calculaba en 305.400 resmas la capacidad productiva de los 109 molinos catalanes. En 1785 ya se estimaba en unas 480.000⁴ y en 500.000 resmas en 1792.⁵ Por tanto, no sería exagerado señalar la manufactura papelerera como uno de los subsectores más prósperos de la economía catalana del siglo xviii junto a la viña, el aguardiente y otras manufacturas. Muestra de ello fue su protagonismo exportador. Esta expansión papelerera catalana no estuvo exenta de recesiones, como la que se dio mediada la década de 1780 con motivo de la limitación de las exportaciones del papel de fumar destinado a Nueva España. La crisis fue clara a partir de mediados de la década de 1790, cuando los diferentes procesos bélicos supusieron implícitamente el cese de las exportaciones. A los efectos de la crisis «americana» se debe sumar la quiebra de la Hacienda estatal, que hacía peligrar el cobro de los pedidos. Durante aquellos años muchos molinos vivieron sucesivos cierres y reaperturas. Los problemas de finales del siglo xviii conectaron con la paralización provocada por la guerra contra los franceses entre 1808 y 1814.

Cuadro I.1. Molinos papeleros existentes en Cataluña

1728	35
1766	69
1775	109
1777	113
1785	160
1792	200
1817	166

Fuente: 1728: Madurell (1972), p. 1104; 1766: Madurell (1972), pp. 1130-1132; 1775: Madurell (1972), pp. 61-64; 1777: BC, JCB, LV, 35, 2-3; 1785: Ponz (1788), p. 134; 1792: Laborde (1816) (2.^a), p. 39; 1817: MMPC, Carpetas Pau Vila.

Una aproximación «comarcal»

Un análisis a nivel de grupos fluviales⁶ (véase el cuadro I.2) apunta cómo se articularon cuatro núcleos dominantes en Cataluña: Anoia (con capitalidad en Capellades, de donde procedían los Miquel), el del Francolí-Brugent (La Riba), el del Riudebitlles (centrado en Sant Pere de Riudebitlles) y el del Fluvià-Terri (articulado por Sant Joan les Fonts). El resto de los molinos no llegaron a configurar centros papeleros de consideración. Las cuatro «comarcas» referenciadas centraban su hegemonía en las economías de aglomeración propias de un distrito industrial. Así, en las cuatro, especialmente en las dos primeras, existía un

⁴ Ponz (1788), tomo xiv.

⁵ Madurell (1972), p. 1174.

⁶ Estos grupos fluviales no coinciden exactamente con las cuencas. Este criterio ya fue utilizado con acierto por Pau Vila (Vila, 1935, pp. 144-151).

Cuadro I.2. Molinos papeleros de Cataluña por cuencas fluviales los años 1766, 1775 y 1800

Cuencas fluviales	1766	1775			1800
	Molinos	A/Molinos	B/Capacidad de producción	B/A	Molinos
Anoia	19	29	91.400	3.152	46
Riudebitlles	8	13	32.600	2.508	26
Frankolí-Brugent	18	25	67.500	2.700	36
Foix-Gaià	1	5	13.200	2.640	8
Fluvià-Terri	8	12	29.100	2.425	13
Ripoll-Llobregat	6	6	14.900	2.483	16
Ter	4	6	12.500	2.083	7
Tordera	2	4	7.700	1.925	4
Cardener	3	5	20.000	4.000	6
Segre	0	2	9.000	4.500	5
Sénia-Ebre	0	2	7.500	3.750	3
Totales	69	109	305.400	2.802	170

Fuente: 1766: Madurell (1972), pp. 1130-1132; 1775: Madurell (1972), pp. 61-64; 1800: responde a la tabulación a escala local de molinos en funcionamiento durante la década de 1790. La reconstrucción con fuentes cualitativas puede inducir a algunas omisiones.

mejor aprovisionamiento de *inputs* y se disponía de un mercado laboral más eficiente. Exponente de esa superioridad era que estas comarcas contaban con más y mayores molinos. Además, su producción se centraba en el papel blanco. Entre las cuatro, la mayor jerarquía correspondía a la comarca del Anoia por el control que ejercía sobre los «Reales Asientos», por su dominio sobre la materia prima y por la calidad de su producto. Por tanto, los Miquel tienen su origen en el auténtico eje articulador de la manufactura papelera catalana.

El Anoia: una dinámica paradigmática

El Anoia ejemplifica la dinámica de la manufactura papelera catalana durante el siglo XVIII.⁷ A. Laborde afirmaba refiriéndose a la zona de Capellades que «Aquí se encuentran a cada paso molinos de papel muy bien situados; y esta es la parte de Cataluña donde más multiplicadas se hallan estas fábricas».⁸ Una primera aproximación a su proceso de especialización papelera la ofrece el número de molinos (véase el cuadro I.3).

Se pueden establecer tres etapas en el proceso de especialización papelera de la zona de Capellades. La primera, en que de la marginalidad se pasó a un naciente desarrollo; una segunda de crecimiento, y una tercera, de madurez. En la primera etapa, que va hasta 1740, la manufactura papelera ocupaba una posición secundaria pero creciente. Capellades era la población del Anoia donde este proceso estaba más avanzado. Así lo confirma el análisis de sus *capbreus*, donde de dos papeleros en el de 1649 se pasó a doce en el de 1735-1737.⁹ En 1728 ya disponía de seis molinos. Tres poblaciones seguían la misma trayectoria: la Torre de Claramunt, la Pobla de Claramunt y Carme. La segunda etapa llega hasta 1775. Durante estas décadas Capellades, la Pobla y la Torre de Claramunt se aproximaron a su techo de desarrollo papelero en lo relativo a usos hidráulicos. También se instalaron un par de molinos en Vilanova del Camí. De los 19 molinos de 1766 se pasó a 29 en 1775. El tercer periodo se inició alrededor de 1775 y se caracterizó por la ralentización del crecimiento en las localidades pioneras, que en 1790 parecen haber agotado sus posibilidades. A partir de 1780 empiezan a aparecer nuevos molinos en Cabrera, Òdena, Montbui, etc. En 1775, las tinas del Anoia eran entre 35 y 40 (con una capacidad de 91.400 resmas), 44 en 1784 y 45 en 1785 (130.000 resmas). Los 29 molinos de 1775 se fueron incrementando hasta situarse entre 45 y 50 a principios del siglo XIX.

⁷ Para un análisis de la manufactura papelera del Anoia, véase Gutiérrez-Poch (1999a) y (2008).

⁸ Laborde (1816), p. 22.

⁹ MMPC, Capbreu de 1635 y Capbreu de Capellades 1735-1737.

Cuadro I.3. Molinos en el Anoia (1728-1810)*

Poblaciones/años	1728	1766	1775	1783	1788	1790	1800	1810
Capellades	6	8	13	13	13	16	17	17
La Pobla de Claramunt	3	5	8	8	9	9	10	10
La Torre de Claramunt	2	3	6	7	7	8	8	8
Carme	3	1	1	3	3	3	3	3
Orpí	–	–	–	1	1	1	2	3
Vilanova del Camí	–	2	1	1	1	1	1	1
Òdena	–	–	–	1	1	1	1	1
Cabrera					1	1	3**	3
Montbui						1	1	1
Totales	14	19	29	34	36	41	46	47

* La falta de datos de cierre o apertura de algunos molinos podría introducir ciertos cambios. Por ejemplo elevar a 18 los de Capellades de 1800 y 1810 o a 3 los de Orpí en 1800.

** Es posible que uno estuviera en realidad en Piera (en la pedanía de Sant Jaume Sesoliveres).

Fuente: 1728: Madurell (1972), p. 1104; 1766: Madurell (1972), pp. 1130-1132; 1775: Madurell (1972), pp. 61-64; 1783: p. 314; 1788: se ha sumado un molino a los datos de Torras i Ribé (1993), p. 314; 1790 (a partir de las respuestas del cuestionario de Zamora recogidas en Torras i Ribé, 1993); 1800 y 1810: elaboración propia.

Aparte de las localidades reseñadas, otras dos poblaciones del Anoia dispusieron de molinos papeleros en esta época: Jorba y Copons.

El capital necesario para la puesta en funcionamiento de un molino se situaba en torno a las 2.500 libras hacia 1740 y a las 6.500 durante el último cuarto de siglo. En el Anoia, los primeros molinos fueron financiados por los papeleros (el ejemplo de la familia Romaní), la *pagesia de mas* y los *paraires* (controladores del proceso de acabado de los tejidos de algodón). Los *payeses*, que contaban con tierras y establecimientos enfitéuticos sobre el agua, participaron activamente en el proceso. Su actitud era doble: la de rentista o la de implicarse plenamente en la actividad. Al primer patrón respondían los Coca, los Tort del Turo de la Pobla de Claramunt y los Pasqual del Mas Vidal de la Torre de Claramunt. Estas familias consolidaron sus intereses papeleros con estrategias matrimoniales a través de las cuales emparentaron con las principales sagas dedicadas a este sector emergente. El contraste lo ofrece la familia Guarro, que, con clara adscripción agraria, se dedicó con éxito a la producción de papel. Los *paraires* también invirtieron en la actividad naciente. Este sería el caso de los Borrull y de los Torelló de Igualada,¹⁰ o de las familias capelladinas Puigdengolas, Tort, Tiana y Talavera. Algunos *paraires* superaron la posición de meros rentistas y pasaron a dedicarse a la fabricación de papel. En este grupo de manufactureros de la lana, reconvertidos en papeleros, debemos incluir a los Miquel. Otros manufactureros intervinieron en el sector emergente, como los *fargaires* Marra, de la Torre de Claramunt. También invirtieron en molinos papeleros algunos miembros de la oligarquía comercial y manufacturera de Igualada como los Padró y los Rovira (emparentados con los Romaní), que poseían tres en Capellades.¹¹ Con el avance de la especialización, los papeleros fueron adquiriendo protagonismo como constructores de los molinos. Los principales ejemplos son Joan Serra y Mateu Boix.

La bibliografía existente ha señalado tres referentes esenciales en la tradición papelerera del Anoia anteriores al siglo xviii: el molino de Albarells de Santa Maria del Camí (Veciana), el del Mas Vidal (la Torre de Claramunt) y los molinos de Gener (la Pobla de Claramunt). Esta dedicación a la manufactura papelerera, de haber existido, parece interrumpirse, ya que el Anoia no constaba entre los centros papeleros catalanes documentados durante el siglo xviii por Pere Gil, en 1600, o por Aparici en 1708.¹²

La aparición de la manufactura papelerera en el Anoia se remonta al siglo xvii. La principal impulsora de este desarrollo fue la familia Romaní. Su primer referente fue Joan Forgas «Romanias», papelerero oriundo de Ridaura (la Garrotxa) que adoptó el apellido que legó a sus descendientes. El 13 de mayo de 1621 compró

¹⁰ Los molinos papeleros son señalados por Jaume Torras como una de las líneas de diversificación inversora de los *paraires* igualadinos (de Josep Torelló, en concreto) (Torras i Elias, 1987, p. 152). Paralela fue la trayectoria seguida por Segimon Borrull. Los Borrull invirtieron en tres molinos papeleros en la Pobla de Claramunt. En 1760 ya habían vendido uno de ellos y en 1796 los otros. También tenían un molino en Orpí que vendieron en 1786.

¹¹ Gaspar Rovira estaba casado con Francesca, hija de Josep Romaní, y controló su patrimonio. Más tarde, en 1764, compró el Molí del Mas del Pas de l'Aigua a Josep Romaní i Sabater.

¹² Torras i Ribé (1993), p. 217.

un batán de lana a Francisco Balaguer, y en 1627 ya constaba como molino papelerero.¹³ En 1636 ya usaba el molino del Turo (Torre de Claramunt),¹⁴ lo que se hizo a nombre de Joan Romaní y de su hijo Francesc Romaní i Terrades. El primer molino de Capellades fue el que aparecía en el *capbreu* de 1649 a nombre de Joan Francesc Romaní y que «quit Antiquistus erat Molendinum draperium».¹⁵ Pere Romaní i Terrades, hermano de Francesc, también declaraba la posesión de otro molino vecino del primero. Francesc legó el molino del Turo, vinculado en el futuro a la familia Miquel, a su hijo Joan Romaní Pasqual. Al morir soltero, este lo dejó a su sobrino Francesc Martí Romaní, hijo de su hermana Margarida, que a su vez lo cedió a su hijo Joan Martí Romaní (utilizaba el Romaní en lugar del Coca materno como signo de prestigio). Tanto el padre como el hijo fueron poniendo en arriendo el molino. Francesc Romaní cedió el molino de Capellades a su hijo Miquel, quien lo legó al morir sin descendencia al antes mencionado Francesc Martí i Romaní.¹⁶ Los intereses de los Romaní en la Costa dels Molins se incrementaron con la compra del Molí d'en Fosalba en 1732 por parte de Tomàs Romaní.¹⁷

Los Coca, una de las principales familias de la Poble de Claramunt y propietarios de un extraordinario patrimonio inmueble, en 1638 adquirieron el molino de los Gener, entonces derruido. Más tarde, en la década de 1660, aparece Cristòfol Coca contratando a diferentes aprendices.¹⁸ Francesc Coca afirmaba en 1695 que su familia poseía desde tiempos inmemoriales dos molinos harineros, uno papelerero y una *farga* de cobre.¹⁹ Los Coca ya disponían en 1722 de dos molinos, el Nou o de Baix y el de Dalt, localizados en el lugar de las Figueres.²⁰ Los trámites para construir un tercer molino anexo al de Baix se iniciaron en 1728.²¹

Ramon Guarro, un payés de la Torre de Claramunt que había sido masovero del castillo de esta población, fue el primer eslabón de esta saga de papeleros. En 1698 obtuvo establecimiento para «fabricar un molí, o molins, tant fariners, como draper, paperer o bé molí polvorer». En 1699 compró una pieza de tierra y en 1702 ya tenía finalizada la construcción del nuevo molino.²² Este molino será conocido en el futuro por el nombre de Dalt.

Sobre estas bases el Anoia asentó la expansión papelera del siglo XVIII. En Capellades los primeros molinos se situaron en la llamada Costa dels Molins, zona con diferentes molinos harineros y batanes desde antiguo. Allí radicarón los dos iniciales, propiedad de los Romaní, aprovechando las aguas del Rec Major. Sería otra de las localizaciones donde los Miquel contaron con molino propio. La única localización alternativa fue la del Pas de l'Aigua, al lado del Camino Real y del río Anoia, también largamente vinculada a las iniciativas empresariales de los Miquel. El primer molino situado allí fue el de Jacint Faulí, que lo había puesto en funcionamiento en 1725.²³ Pero en realidad el Pas de l'Aigua fue conocido por los molinos edi-

¹³ Madurell (1972), pp. 512-513.

¹⁴ Valls i Subirà (1970), p. 183. El establecimiento otorgado por Fulgencia de Claramunt, señora del castillo de la Torre de Claramunt, data de 3 de febrero de 1636. En él se facultaba a Joan Romaní a construir un molino harinero o papelerero (Busquets i Molas, 1972, pp. 271-272). En el *capbreu* de 1644 de la Torre se confirma la existencia de dos molinos propiedad de Joan Romaní, aunque uno de ellos era harinero (Riba i Gabarró, 1988a, p. 308). Francesc Romaní tramitó en 1674 el establecimiento de los derechos de aguas de la riera de Carme frente a la Batllia General de Cataluña.

¹⁵ El 13 de febrero de 1641 fue bautizado Joan, hijo de Joan Francesc, papelerero, y de Teresa (extraído de las notas de Mossèn Mas depositadas en el IMHB). En el manual de contratos de 1643-1668 del desaparecido archivo parroquial de Capellades aparecen diferentes contratos de aprendizaje de papeleros en 1650, 1658, 1659, 1664, etc.

¹⁶ Francesc Martí i Romaní tomó posesión del molino de Capellades el 29 de mayo de 1695 (ACAN, Notariales, Piera [66], Jeroni Sostres i Rovires, Manual de 1695, f. 55).

¹⁷ Tomàs Romaní lo compró por 1.100 libras al molinero Pau Antoni Fosalba (ACAN, Notariales, Piera [110], Salvador Cases i Bosch, Manual de 1730-1733, f. 84). Este molino harinero fue reconvertido a usos papeleros, aunque se desconoce cuándo.

¹⁸ Madurell (1972), pp. 1088-1089.

¹⁹ Madurell (1972), p. 664.

²⁰ Riba i Gabarró (1972), p. 273. Posiblemente, el nuevo databa de 1720, año en que disfrutaron de un nuevo establecimiento de aguas.

²¹ Para ello dispuso del capital de Jaume Talavera, un *paraire* de Capellades que arrendó el molino el 16 de octubre de 1728 a Francesc Coca a cambio de finalizar su construcción (ACA, Real Patrimonio, Batllia, Procesos Modernos, Proceso año 1740, n.º 3: «El fiscal contra Jaime Talavera y otros», ff. 6-7).

²² Riba i Gabarró (1990), p. 179.

²³ Todo apunta a que este molino tuvo una vida bastante efímera, aunque es posible que la iniciara sin el título de establecimiento. Cuando lo solicitó en 1741 aún funcionaba. Según parece entró en conflicto con los intereses de Tomàs Romaní (Madurell, 1972, pp. 535-536). Joan Faulí arrendó en 1751 su molino del Pas de l'Aigua a Josep Almuní por dos años (ACAN, Notariales, Piera [145], Lluís Cases i Reguant, Manual Forense, 19-X-1751, ff. 141-143). Maria Tovella i Faulí, descendiente suya, en una toma de posesión menciona únicamente una casa situada frente a la acequia del molino papelerero de Josep Romaní i Sabater (ACAN, Notariales, Igualada [359], Agustí Viladés i Lladó, 31-VIII-1760, ff. 231v-232).

ficados por la familia Romaní. El primero fue el de Tomàs Romaní i Borrull, que databa de la primera mitad de la década de 1730. El testamento de Josep Romaní (padre), de 12 de julio de 1730, decía que había comprado esta tierra en 1728 y obligaba al heredero que «posia un molí paperer ab dos rodas y dos jochs de pilas y demés aparatos per fer paper».²⁴ Tomàs Romaní ya lo tenía en marcha en 1735, como se desprende de los privilegios otorgados por la Corona a los hermanos Romaní. Entonces Josep estaba construyendo un molino *draper*.²⁵ Tomando como referente el *capbreu* de 1735-1739, había en Capellades cinco molinos (véase el cuadro I.4). Eran el pionero de Francesc Martí Romaní y de Joan Martí Coca, el de Josep Soterias Bru,²⁶ el de Josep Romaní,²⁷ el de Joan Marra²⁸ y el de Josep Soterias Lluís.²⁹ A estos se debe sumar el molino de la familia Bas, que era harinero y que en 1734 fue reconvertido en papelerero.³⁰

Cuadro I.4. Propietarios de molinos papeleros en Capellades según el *capbreu* de 1735-1739

Josep Soterias Bru	Molí del Sol de la Costa
Joan Marra	Pla de la Vila
Francesc Martí Romaní	
Joan Martí Coca	
Josep Romaní	Partida dels Molins
Josep Soterias Lluís	

Fuente: MMPC: Capbreu de Capellades 1735-1739.

En la Pobla, a los dos molinos de la familia Coca, pronto se les sumaron otros. El primero fue el de Tort d'en Turó (el establecimiento de aguas data del 16 de febrero de 1720).³¹ Los Coca vendieron el 27 de junio de 1732 la facultad de usar las aguas de la riera de Carme y construir un molino papelerero. El comprador fue Jaume Font.³² Ramon Guarro instaló un nuevo molino, el de Baix, en la Torre de Claramunt.³³ Carme se incorporó al naciente dinamismo papelerero con la creación del Molí de Carme, que en 1713 era regentado por Josep Aloy.³⁴ La creciente importancia del Anoia entre las zonas productoras de papel queda confirmada por los privilegios obtenidos por los hermanos Romaní en 1735. La manufactura papelerera de Capellades y de los pueblos vecinos ya no era desconocida y ocupaba un lugar destacado en Cataluña.

Hacia 1740, el Anoia ya disponía de un notable potencial en la fabricación de papel y la mano de obra era altamente cualificada. Era el marco adecuado para responder a la creciente demanda estatal. Con la vinculación de los papeleros de la «comarca» de Capellades a los asientos del Real Sello se iniciaba el periodo de

²⁴ Madurell (1972), p. 518.

²⁵ El 12 de septiembre de 1736 había comprado una pieza de tierra a Jacint Faulí (ACAN, Notariales, Piera [116], Lluís Cases i Reguant, 1735-1736, f. 84).

²⁶ Era un antiguo molino traperero. En el *capbreu* de 1649 constaba como propiedad de los curadores de Simó Tort (MMPC, Capbreu 1735-1739, f. 132a).

²⁷ Era un antiguo molino polvorero, que había recibido como herencia de Josep Romaní y este, por intestado de Dídac Romaní. El último lo había comprado en 1674 a Pere Broch (MMPC, Capbreu 1735-1739).

²⁸ Este molino era el del Pla. Joan Marra lo poseía como esposo de Maria Romaní. A esta se lo había legado su padre, Francesc Romaní, en el testamento de 1728. El último lo había comprado a Jaume Esteve en 1710 (Madurell, 1972, p. 530).

²⁹ Josep Soterias Lluís lo poseía por venta a carta de gracia hecha por Francesc Pasqual del Mas Vidal el 21 de marzo de 1732. La familia Pasqual después lo recuperó. Según Madurell lo vendió en 1753 a Francesc Farreras por 1.800 libras (Madurell, 1972, pp. 532-533). Pero al parecer lo que realmente vendieron fue un terreno contiguo al molino para construir otro nuevo (ACAN, Notariales, Piera [146], Lluís Cases, 1753, Manual Forense, ff. 128-132). El antiguo propietario, Josep Soterias i Lluís, pasó a arrendar el molino propiedad de Francisco de Bas (ACAN, Notariales [336], Josep Mateu, 1754, 12-IX-1754, ff. 252-254).

³⁰ Francesc de Bas i de Moner bien pronto lo arrendó a Ramon Romaní. El contrato se iniciaba el 20 de enero de 1737 y finalizaba en 20 de enero de 1741 (ACAN, Notariales, Igualada [325], Josep Mateu, 10-I-1742, f. 22). Según proceso jurídico de inicios del siglo XIX: «El 1737 [...] no estaba todavía concluido el molino papelerero, pero con disposición ya de construir papel» (ACB, Caja A-10, Conflicto Ferrer-Castells).

³¹ Madurell (1972), p. 677.

³² La venta se hizo en unos términos que no perjudicaran los intereses de los Coca. La operación hubo de presentar algún problema, ya que se reiteró el 7 de mayo de 1733. En realidad, todo parece indicar que las ventas fueron únicamente del derecho, sin haberse construido el molino, hasta que lo compró Francesc Guarro en 1746 (Madurell, 1972, pp. 678-680).

³³ En una instancia dirigida al intendente general de Cataluña en 1720, Josep Tort comentaba que Ramon Guarro disponía de dos molinos (Madurell, 1972, p. 920). En 1736, cuando murió, constaba como propietario de ambos (Riba i Gabarró, 1988a, p. 310).

³⁴ Riba i Gabarró (1988b), p. 328.